

Una cita al caso

Josep Quetglas

El centro de gravedad de *Une maison-un palais*, el libro donde Le Corbusier presenta su versión del caso del concurso para la sede de la Sociedad de Naciones, está en la escena de los pescadores sin experiencia construyendo sus casas, entre las dunas de Arcachon, con materiales de acarreo.

Aparentar hablar de otros le permite a Le Corbusier confesar el sentimiento con que él mismo aborda la construcción de una casa. Para insistir en la tensión que, para Le Corbusier, debe enfrentar entre sí casa y entorno, bastaría citar las primeras frases de esa escena, pero alargo la cita porque creo importante incluir el comentario final: cuando los troncos y tablas de madera sean substituidos por el hormigón armado, Le Corbusier ya estará hablando explícitamente de sí mismo y de su propia arquitectura. Incluso, al leer el emplazamiento escogido por los pescadores de Arcachon para su cobijo, una lengua de tierra entre la línea de ferrocarril y la costa, no puede dejar de verse el cabanon de Cap-Martin como memoria de este texto de 1928, incluso con la misma provisionalidad de una ocupación tolerada, con los mismos materiales, con su misma elementalidad primitiva.

En una nota en el “Libro de oro” del Hotel Chanteclerc, en Le Piquey, Le Corbusier había escrito, en septiembre de 1936: “Me gustan las casas hechas con tablas porque son honradas: de espíritu y de construcción. Le Piquey quedará pronto... jodido. Lo conocí antes de las carreteras y los constructores. L'albufera, al ritmo de las trece horas, verdadero reloj cósmico, fomentaba todas las diversidades, las infinitas combinaciones. (...) Me gusta Chanteclerc porque está hecho de tablas” (FLC E2-8-109).

Le Corbusier ha publicado algunos de sus dibujos de Arcachon en *Une Maison-un palais*, y una postal de su propiedad, con la calle formada entre las casas de los pescadores, en la revista *Plans*, n. 8, octubre de 1931.

“A las puertas mismas de esta vida maquinista, causa de la inmensa perturbación que nos aplasta, tras la Gran Guerra, lo eterno arquitectónico se sigue desarrollando modestamente, y en toda la simplicidad de las condiciones normales. El ferrocarril se ha detenido al borde de las arenas de la duna que cubre el pinar. Esa lengua de tierra está aislada del mundo, porque el ferrocarril no llega; uno de sus costados está golpeado por el océano, irascible y empobrecedor: los vientos lo arrancan todo, las dunas son un puro desierto. El otro costado está acariciado por la suave marea que, por una bocana, se infiltra en una cuenca interior. Aislamiento, separación respecto al mundo. Aquí, incluso el suelo es precario: pertenece a un gran y único dueño, los pescadores sólo son huéspedes tolerados. No pueden levantar casas de piedra, fundadas sobre un suelo que no es suyo. Vienen aquí sólo con la idea de vivir “mientras tanto”. Esta precariedad los coloca en la condición-tipo

del constructor de casas; se hacen un cobijo, un abrigo, nada más, simplemente, buenamente. Realizan un programa puro, que no está colmado de pretensiones por la historia, por la cultura, por el gusto del día: se construyen un cobijo, un abrigo para el día a día, con materiales pobres encontrados alrededor. Hacen eso con las manos y sin gran conocimiento profesional; el vecino llega, y da consejos, fruto de su reciente experiencia. Haciendo esto con sus propias manos, helos atentos al menor gesto, ahorrativos del mínimo esfuerzo, sensibles a cualquier ingeniosidad, deseosos de alcanzar un máximo con un mínimo. En verdad, están en las condiciones-tipo del hombre de siempre y de todas partes, decidiendo su trabajo, ejecutándolo y reflexionando.(...)

En resumen. Troquemos esas barracas efímeras en caserones sólidos, destinados a nuestros contemporáneos; realicemos la metamorfosis, manteniendo una calidad de espíritu equivalente. En lugar del pino del pinar, hormigón armado; en lugar del programa campestre, la “machine à habiter”; en lugar del lirismo primario de estos pescadores que, tras de la Gran Guerra, han construido estas casas de siempre, las aspiraciones de un hombre cultivado. Nada de estas barracas se mantendrá. Sino que otra cosa surgirá, sobre un problema planteado de manera diferente. ¡Ojalá podamos alcanzar entonces tanta amplitud, tantas riquezas arquitectónicas, tal espíritu de arquitectura! También nosotros podemos, si sabemos realizar la armoniosa organización de datos nuevos, hacer, de nuestras casas, palacios (Le Corbusier, *Une maison - un palais*, pp. 48, 50, 52).

Raoul Vaneigem ha descrito el paso de la naturaleza antagonica al mito, en varias páginas de uno de sus primeros textos:

“La socialización de los grupos humanos primitivos demuestra una voluntad de luchar más eficazmente contra las fuerzas misteriosas y terroríficas de la naturaleza. Pero luchar en el medio natural, a la vez contra él y con él, someterse a sus más inhumanas leyes, para llegar a arrancar una esperanza de vida suplementaria, no puede sino hacer aparecer una forma más desarrollada de defensa agresiva, una actitud más compleja y menos primitiva, que presenta sobre un nivel superior las contradicciones que no cesaban de imponerle las fuerzas de la naturaleza, incontroladas aunque, sin embargo, influenciadas. Socializándose, la lucha contra la ciega dominación de la naturaleza sólo impone sus victorias en la medida en que asimila, poco a poco, pero bajo otra forma, la alienación primitiva, la alienación natural” (Raoul Vaneigem, *Banalités de base* (primera publicación en *L'Internationale situationniste*, 7, 1962), Ludd, Paris 1995, pp. 14-15).

Josep Quetglas

